

masiano, aunque en este caso nada más lejos de la realidad para MacIntyre que tener al formalismo como la vía para la resolución el choque de valores. La obra del escocés pretende dar respuesta al dilema moral a partir de una asunción naturalista y pretendidamente unívoca de la existencia. Una ontología que no da pie a la confusión y que se sustenta en una piedra angular única, la divinidad, cuyo rol es, como subraya Ramis, cartesiano.

Nada parece decir MacIntyre, sin embargo, del problema hermenéutico de lo “natural”, que es de por sí una categoría de difícil uso. Y más si por natural se entiende una realidad biológica, porque es de dudosa viabilidad hermenéutica que MacIntyre aceptara actos tan biológicamente “naturales”, dados efectivamente en la naturaleza, como el fraticidio, el infanticidio, la pansexualidad o el expolio permanente de bienes. Y si a eso le añadimos, como dice Ramis casi como adagio final, que todo su sistema recurre a Dios como último garante, motivo de disputas de nunca acabar y certeza de difícil constatación, entonces se descubre que un sistema aparentemente naturalista y que responde a la mera realidad es, en sí mismo, un ejercicio ideológico tan problemático como pueda ser otro.

Y es que esa es la grandeza o la miseria del ser humano, según se mire. Aspirante a lo máximo, anhelante de la excelencia vital, las más de las veces queda relegado a lo ordinario y a lo común. Ante ello puede ciertamente relamerse las heridas y afrontar semejante ataque a su narcisismo, a veces voraz con sus semejantes, o tratar de aprender a hacer

sencillo todo lo complejo del vivir y el sentir.

Quizás sea esta una de las lecciones de MacIntyre, o quién sabe si uno de sus objetivos: desvanecer los excesos de la razón humana en su conquista existencial y apelar a su realidad, la de aquí y ahora, como trampolín para su proyección metafísica (seguramente más modesta de lo que ese eventual anhelo parece prometer). Pero para ello, como en esta obra sugiere Ramis, cabe ser conscientes que “Dios” no es precisamente el garante del sistema, ni lo natural ni el hogar común de todos, porque tanto uno y otro son, a nuestro juicio, ya de por sí interpretaciones, y remiten, más que a lo ontológico, a lo antropológico.

Miquel SEGURÓ

Javier Teixidor, *El judeo-cristianismo. Perspectivas y divergencias*. Madrid: Trotta, 165 pp.

Javier Teixidor, especialista en lenguas semíticas e historiador de las religiones del Próximo Oriente, realiza en esta obra un recorrido por las principales doctrinas y los más importantes debates que, a lo largo de la Historia, se han producido en torno a la noción —por lo demás, fundamentalmente reciente, según el autor— de lo judeo-cristiano.

La obra inicia su recorrido en los primeros días del cristianismo, destacando la importancia de ciudades como Antioquía, una de las primeras fuera de Palestina en las que la nueva religión arraigó con fuerza y también una de las primeras en que se puede hablar con rigor de

la existencia de un fenómeno judeo-cristiano, al convivir en ella judíos conversos (que seguían observando, sin embargo, la ley judía) con gentiles o paganos cristianizados, quienes ya no veían necesario circuncidarse o seguir los preceptos de la Torah. La convivencia entre ambos grupos —y las divergencias entre los mismos— provocó la necesidad de convocar, ya en los primeros días del cristianismo, el conocido como Concilio de Jerusalén donde se decidió que los cristianos de origen no judío sólo habrían de seguir unas pocas normas de la Torah, mientras que los cristianos de origen judío seguirían respetando ésta.

Esta solución, sin embargo, tuvo poco efecto y ya en el siglo II (pág. 18) Ignacio, Obispo de Siria, avisaba del peligro de disolución del mensaje de Cristo en las prácticas religiosas judaizantes si no se comenzaban a separar aquéllas de éstas.

Como señala Teixidor (pág. 22), durante los tres primeros siglos de nuestra era «el cristianismo había suscitado el interés por el Antiguo Testamento, al sostener que la nueva religión no hacía más que completar la Ley y los profetas, pero el cristianismo helenizado de Antioquía debía de atraer a los semitas menos que el judaísmo, próspero en aquella época tanto en Siria-Palestina como en Mesopotamia».

Mientras, en otro de los focos de cultura de Oriente Próximo, Alejandría, la creciente impopularidad de los judíos desde época de Claudio (pp. 26-28), concluyó con una guerra contra ellos en época de Trajano e hizo que muchos

cristianos, para diferenciarse de los judíos, abandonasen ya las prácticas judaizantes.

Como resume Teixidor (pág. 29), en estos primeros siglos el cristianismo «se desarrolló paralelamente en el medio judío en el que nació y en un medio helenístico al que se trasladó pronto, cuando la nueva religión tenía todavía una gran plasticidad, sin poseer ninguna forma establecida ni en el ámbito de la doctrina ni en el de la organización [...]».

La tesis del libro es que sólo en estos primeros instantes —y a causa de la existencia de judíos conversos en territorios y ciudades donde la comunidad judía era dominante o tenía una fuerte implantación: Palestina, Antioquía, Alejandría— puede hablarse con rigor de una realidad judeo-cristiana, pues es el único instante (y es un instante efímero) en que judaísmo y cristianismo aparecen poco diferenciados y hasta imbricados. Pero ya en seguida (siglos II y III) la exégesis practicada por los cristianos muestra desde los primeros momentos una forma helenística, no judía, de leer el Antiguo Testamento, influenciada, sobre todo, por la escuela de Alejandría y marcada por la lectura alegórica.

Para el autor (pág. 32): «la doctrina del Logos divino immanente al mundo permitió construir a los teólogos una teología cristológica, con ayuda de la filosofía del platonismo, que se aleja decididamente del judaísmo». Desde entonces, la hermenéutica cristiana comienza a explicar el Antiguo Testamento a la luz del nuevo y como profecía de los hechos narrados en éste, alejándose así del comentario judío de las Escrituras.

Según Teixidor (pág. 40) fue el relato de la creación el primero en introducir una primera «causa de disensión entre los exegetas; la exégesis alegórica se convirtió con el tiempo en una de las causas de separación entre judíos y cristianos ya que aquellas priva al Antiguo Testamento de su carácter de documentos histórico independiente [...]; el Antiguo testamento se pone al servicio del Nuevo». Para el autor (pág. 49) «esta interpretación abusiva del rico legado bíblico sólo puede incitar a un antisemitismo disimulado».

Ya en el siglo III, concluye la primera parte del libro, ni la doctrina teológica ni el culto cristiano tenían nada que ver con el judaísmo y ambas religiones comenzarían a caminar en paralelo: muy cerca siempre la una de la otra, pero sin llegar nunca a converger. En este sentido (pág. 43), la noción moderna de judeo-cristianismo sería tan solo «una noción invocada [...] por razones que están claramente más al servicio de la política que de la religión. Es una noción vaga e incluso arriesgada».

El libro de Teixidor ahonda en esta tesis y muestra a través de ejemplos (pp. 69-80) como tanto durante la antigüedad como durante buena parte de la Alta Edad Media, cristianismo y judaísmo fueron religiones competidoras, con afán misionero y en las cuales no faltaron los conversos que pasaban de una religión a otra.

Ya en la modernidad y en Europa, el debate entró en un terreno fundamentalmente intelectual en el que destacaron autores judíos como Moses Mendelssohn (1729-1786), Elia Benamozegh

(1822-1900), Hermann Cohen (1842-1918) o Franz Rosenzweig (1886-1929). En el largo capítulo titulado «Dos religiones contiguas» Teixidor expone la doctrina de estos autores para demostrar que ha existido y existe una distancia insalvable entre judaísmo y cristianismo que, lejos de atenuarse, no dejó de crecer con el tiempo.

La elaboración del autor se detiene, sin embargo, a las puertas del nazismo cuyas causas —aunque sean sólo las intelectuales— no llega a explicar, para dar un salto a la creación del estado de Israel; creación que califica de política (sinonismo) y que separa del hecho religioso del judaísmo en sí. Para el autor (pág. 148) el futuro pasa no tanto por el mantenimiento o fortalecimiento del estado de Israel como por dar al judaísmo histórico «un nuevo impulso al margen de los mecanismos de la vida política». Apuesta, para ello, por la creación, en todos los estados, de espacios de laicidad que permitan la convivencia de diferentes religiones, entre ellas judaísmo y cristianismo: religiones, señala, muchas veces enfrentadas y, desde un punto de vista histórico, siempre paralelas, pero nunca, en realidad, convergentes, como trata de hacernos creer la noción de judeo-cristianismo.

Alberto GÓMEZ VAQUERO

Julio Ortega Bobadilla, Foucault ante Freud, México: Paradiso Editores, 2013, 209 pp.

“¿Cuál es la relación posible entre la filosofía foucaultiana y el psicoanálisis?”